

MARIO BENEDETTI

POESÍA TRUNCA

Poesía latinoamericana revolucionaria

VISOR LIBROS

ÍNDICE

Prólogo a la edición de 1977	7
Ernesto Che Guevara	15
Juan Oscar Alvarado	33
Otto René Castillo	37
Edwin Castro	85
Roque Dalton	91
Mónica Ertl	119
Argimiro Gabaldón	125
Raúl Gómez García	137
Agustín Gómez-Lubián	141
Ibero Gutiérrez	145
Javier Heraud	165
Víctor Jara	203
Rony Lescouflair	221
Rigoberto López Pérez	261
Carlos Marighella	269
Ricardo Morales	283
Roberto Obregón	311
Frank País	343
Néstor Paz Zamora	349
Leonel Rugama	355
Aldo de Sá Brito	413
	549

Luis Saíz - Sergio Saíz	417
Jorge Salerno	425
Edgardo Tello	429
Francisco Urondo	453
Rita Valdivia	511
Jacques Viau	517

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1977

Esta es una antología muy particular, ya que incluye a veintiocho poetas latinoamericanos que dieron sus vidas por la causa revolucionaria. La mayoría de ellos murieron en plena juventud (algunos salían apenas de la adolescencia), y aquellos pocos que ya eran hombres maduros estuvieron tan consustanciados con el espíritu libertario y los afanes de justicia de la juventud que la decisión de incluirlos en este volumen no solo no contradice, sino que afirma la intención de homenaje al XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes a realizarse en La Habana en 1978.

Algunos de estos poetas revolucionarios murieron en combate o cumpliendo una misión insurreccional; otros, en la prisión o en la tortura; hubo quienes desaparecieron en alguna emboscada y nunca más se supo de ellos; otros, cuyos cadáveres aparecieron acribillados o mutilados por escuadrones de la muerte o comandos parapoliciales; algunos fueron asesinados cuando estaban desarmados o incluso cuando dormían. Todos eran militantes revolucionarios y en consecuencia habían asumido su compromiso, aceptando el riesgo de morir por la causa y la patria que defendían. Quizá unos fueran revolucionarios que, además, escribían versos, en tanto que otros eran poetas que, además, luchaban por la revolución. Aquí,

empero, están todos juntos, porque cuando se entrega la vida, los otros matices y prioridades se diluyen en ese gran holocausto.

El volumen incluye poetas de Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba, Chile, El Salvador, Guatemala, Haití, Nicaragua, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. La diversidad de procedencias expresa también la amplitud del compromiso a lo largo y a lo ancho de esta América, la nuestra. Esta antología no intenta, por supuesto, privilegiar el sacrificio de estos poetas con respecto al de otros revolucionarios; simplemente, quiere significar que, salvo deshonrosas excepciones, los poetas (y escritores y artistas en general) de América Latina participaron y participan del destino de sus pueblos. Estos cayeron en la lucha, pero afortunadamente hay muchos otros que siguen generando poesía y militancia, corriendo riesgos o sufriendo exilios, soportando torturas o esquivando amenazas.

El gran terremoto que sacudió el continente a partir de la Revolución cubana también sirvió para derrumbar las torres de marfil, que por suerte no eran antisísmicas. Hoy nadie está exento, ni en seguro: el poeta o el pintor, el cantante popular o el novelista ya no constituyen una élite intocable, garantizadamente ilesa. Ni siquiera la fama sirve como escudo, e incluso llega a ser un riesgo adicional. Aun el no comprometido se compromete, ya que quien pretende ponerse al margen de la gran contradicción entre pueblo y oligarquía es porque de alguna manera no se siente integrante de ese pueblo o porque mantiene equívocas relaciones con la oligarquía.

El poeta ya no escribe *para* sino *desde* el pueblo. Y eso lo sabe bien el imperialismo. Por eso organiza, en primer término, una operación-seducción, mediante la cual trata de corromper, tentar, sobornar. Ahora bien, cuando esa tentativa no da sus frutos, el imperialismo no vacila en cambiar sus procedimientos. Si el Dr. Jekyll Kennedy no consigue su propósito, entonces entra en funciones Mr. Hyde Kissinger. O sea, que si la Alianza para el Progreso ya no sirve, prueban con el Escuadrón de la Muerte; si el plan Camelot está quemado, recurren a Fort Gulick y otras academias del terror en la Zona del Canal; si la persuasión y la seducción ya no son eficaces, pues entonces es la hora de la tortura y las masacres. En otras palabras: si el capitalismo entra en una irreversible crisis, pues se apela al fascismo.

Cada vez parece más claro que si el escritor abandona su actitud contemplativa o prescindente para jugarse por su pueblo, es decir, si se siente efectivamente parte del mismo, también correrá los riesgos que el pueblo corre en todas sus luchas. Los países latinoamericanos en que más duras medidas se han tomado contra la cultura son precisamente aquellos donde esa misma cultura, por su desarrollo progresivo, por su labor suasoria, por su dimensión masiva, había ido adquiriendo una función de esclarecimiento ideológico y de movilización política contra la estructura capitalista.

Mientras la cultura es un lujo, un elemento decorativo —aunque a veces díscolo— de la burguesía, es tolerada por los diversos tipos de represión, tanto los de impronta nacional como los de asesoría extranjera. Incluso *queda*

bien que los salones burgueses acojan a escritores y artistas conocidos, así sea para exhibirlos, a veces como personajes insólitos, y otras veces como simples búcaros o floreros. Pero cuando la cultura empieza a llegar paulatinamente a cada vez más vastos sectores de pueblo, a sensibilizar la opinión pública, a desenmascarar hipocresías, a señalar responsables, a movilizar rebeldías, o sea, cuando la cultura adquiere una vigencia masiva y esclarecedora, entonces las fuerzas regresivas arremeten contra ella con la misma ferocidad que contra cualquier otro sector que se alce contra la oligarquía y el poder colonial.

El imperialismo sabe mejor que nadie (a veces mejor que el propio artista) que si bien el arte por sí solo no derriba tiranías ni cambia estructuras, ha sido, sin embargo, a través de la historia un elemento nada despreciable en cuanto a su capacidad de convertir en imágenes, en color, en certero pensamiento, ciertos principios rectores de los pueblos. Cuando las más oscuras fuerzas de la reacción llegan a ese convencimiento en determinado momento de una transformación posible, entonces no vacilan en pagar un evidente precio político en su arremetida contra los creadores y las formas del arte.

Es en una de esas etapas de fascismo desenfrenado cuando, por ejemplo, se asesina en España a García Lorca y a Miguel Hernández. Y son otros manotazos más cercanos los que acaban con Jacques Stephen Alexis, en Haití, o con Roque Dalton, en El Salvador. Es en esos lapsos de delirio y aniquilamiento cuando meten en el cepo a Jacques Viau, a Otto René Castillo, a Haroldo Conti; cuando mutilan y asesinan a Víctor Jara delante de sus

compañeros en el estadio de Santiago; cuando prohíben canciones, clausuran teatros, cierran universidades, o alimentan con la mejor literatura las consabidas hogueras de la inquisición cultural.

El hecho de que en los últimos años la cultura haya sufrido una sostenida persecución en casi todos los países de América Latina tiene, pues, dos significados simultáneos. El primero: que los artistas han asumido la causa de sus pueblos y, en consecuencia, comparten su suerte. Y segundo: que nuestra cultura y nuestros escritores se han lanzado —como quería Henríquez Ureña— a la búsqueda de nuestra expresión, y esto, hoy día, significa algo muy cercano a la asunción colectiva de una conciencia revolucionaria.

Aunque limitado a un solo género (la poesía), este volumen es también una muestra de esa búsqueda, y un testimonio acerca del fervor con que esos poetas la llevaron a cabo. Sin embargo, conviene aclarar que la política no es el único tema que estos poetas revolucionarios eligieron. Algo que cierta vez expresé con respecto a la poesía de Ibero Gutiérrez (totalmente inédita en el momento en que es masacrado por el Escuadrón de la Muerte, en Montevideo) podría ser extendido a los demás poetas: «Solo una parte (y no la mayor) de sus poemas son políticos. El resto son poemas de amor, algunos de ellos estupendos, u observaciones líricas ante ciertas perplejidades propias o ajenas, o metafóricos diálogos con el complicado alrededor [...] Esa bondad, esa preocupación por el prójimo, esa esperanza incólume, que están patentes en los poemas, son una conmovedora muestra de la riqueza interior de

un revolucionario. Nosotros mismos a veces perdemos de vista ese nivel humano, que no por humano deja de ser político sino que es más político que nunca».

Aunque parezca innecesario, de todos modos conviene aclarar que esta selección, por su misma índole, no ha sido hecha con los clásicos parámetros que suelen seguirse en una antología literaria. En primer término, cabe señalar que no siempre (por obvias dificultades que el lector comprenderá sin que sea preciso entrar en detalles) hemos podido tener acceso a todo el material inédito de cada uno de los poetas. O sea, que no siempre la selección de cada autor es la mejor posible, sino que a veces es la única posible. En algún caso, los poemas incluidos son los que fue posible conseguir, tan solo eso. Tanto en el logro de esos originales, como en los datos biográficos de las fichas, hemos tenido (en Cuba y en el extranjero) el aporte de familiares y compañeros de los poetas. Es así que varias de las fichas reproducen casi textualmente (por temor a cambiar el sentido de algún rasgo o algún hecho fundamentales) fragmentos de artículos o resúmenes biográficos, aparecidos en distintas publicaciones latinoamericanas.

Otro aspecto a tener en cuenta. Aquí hay poetas que, en la hora de su muerte, tenían ya una obra madura, ordenada, juzgada incluso por la crítica, premiada por jurados de prestigio. Es, con ligeras variantes, el caso de Roque Dalton, Otto René Castillo, Jacques Viau, Francisco Urondo y (en la canción popular) de Víctor Jara. Hay también poetas más jóvenes que, por alguna razón (por cierto no es la misma en cada caso), no eran al morir sufi-

cientemente conocidos, pese a que ya tenían un excelente oficio y una obra de dignísimo nivel literario: es el caso de Javier Heraud, Roberto Obregón, Leonel Rugama, Ricardo Morales, Ibero Gutiérrez, Rony Lescouffair, Edgardo Tello. Hay otros que murieron tan jóvenes (los hermanos Saíz, Juan Oscar Alvarado, Néstor Paz Zamora) que su obra no pudo, como es lógico, llegar al nivel que estaba implícito en sus propias posibilidades. Hay, por último, hombres y mujeres, de vocación primordialmente política (Frank País, Carlos Marighella, Argimiro Gabaldón, Rigoberto López Pérez, Rita Valdivia, Mónica Ertl, Agustín Gómez Lubián, Raúl Gómez García, Aldo de Sá Brito, Jorge Salerno) que, en una muestra más de su sensibilidad y calidad humanas, abordaron a veces el quehacer poético. Aun en el nombre que abre este libro, el Che, que es paradigma de esta América y cuya obra narrativa y ensayística tiene el sello de los grandes movilizadores de ideas, la poesía fue un género usado por él en una etapa de transición, previa a su plena inserción revolucionaria.

Por todo lo expuesto, esta no es una antología tradicional. La llamamos *Poesía trunca* porque todos estos *poetas revolucionarios* y *revolucionarios poetas* estaban en plena producción, unos generando poesía, otros generando revolución, y otros más, ambas cosas a la vez. Es *trunca*, además, porque todos ellos eran suficientemente jóvenes, o juvenilmente maduros, como para que podamos considerarlos poetas en pleno desarrollo. La muerte interrumpe, troncha esa evolución, pero no la rompe. La vida del poeta puede ser despedazada, pero la obra, trunca pero

intacta, queda, y al final se convierte en su vida. Y hasta puede seguir creciendo, siempre y cuando nuevos jóvenes se acerquen a esa poesía interrumpida, la enlacen con su propia juventud, la continúen con su propia vida en revolución. Ojalá que esta antología facilite esa continuidad.

M. B.